«Perseveraban unánimes en la oración, junto con María»

DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN DE JESÚS, los discípulos bajan a Jerusalén y viven reunidos en comunidad. Así lo narra el libro de los *Hechos de los apóstoles*: «Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús» (cf. Hch 2,9-14). Este primer grupo de apóstoles, cuyos nombres se reseñan, junto con María la Madre del Señor y otras santas mujeres y discípulos, constituyen el germen de la Iglesia. Y un detalle que señala el relato: «perseveraban unánimes en la oración».

En los primeros momentos de la ausencia física de Jesús, María, como madre, congrega a los discípulos de su Hijo, confiados a su cuidado a los pies de la Cruz, y sostiene su fe, alienta su esperanza y los fortifica en el amor mutuo. La perseverancia en la oración aviva el recuerdo de Jesucristo y los une íntimamente con Él. La Madre del Señor se convierte, en los primeros momentos de la Iglesia, en la animadora del grupo: convoca a la oración y activa en los discípulos la memoria de las enseñanzas del Maestro.

Peregrinos de esperanza

Caminamos hacia la celebración del Jubileo del 2025, en recuerdo de la Encarnación de Cristo, convocado bajo el lema: *Peregrinos de esperanza*. Todos los seres humanos albergamos en nuestro corazón pequeñas esperanzas... En las pequeñas esperanzas de la vida cotidiana, los seres humanos proyectamos nuestro anhelo de felicidad y de salvación, nuestra aspiración, a veces no expresada, de llegar a una vida en plenitud. Jesús, nuestro Maestro, nos enseñó que esta plenitud no puede alcanzarse fuera de Dios: la plenitud de la esperanza es alcanzar la Vida eterna que, en palabras del Señor, consiste en *que te conozcan a ti único Dios verdadero y a tu enviado, Jesucristo* (Jn 17, 3). Peregrinar en esperanza es caminar hacia Dios.

En este año previo al Jubileo, el papa Francisco nos invita a intensificar la oración: «El Jubileo del 2025 está ya a la puerta. ¿Cómo prepararse a este evento tan importante para la vida de la Iglesia si no a través de la oración? El año 2023 estuvo destinado al redescubrimiento de las enseñanzas conciliares… Ahora es el momento de preparar el año 2024, que estará dedicado íntegramente a la oración… En este año estamos invitados a hacernos más humildes y a dejar espacio a la oración que surja del Espíritu Santo. Es Él quien sabe poner en nuestros corazones y en nuestros labios las palabras justas para ser escuchados por el Padre».

La oración fortalece la esperanza

La oración es necesaria para crecer en la *esperanza*. Solo en el conocimiento de Dios y de Jesucristo se verán colmados todos los anhelos del ser humano: «La oración es el lugar privilegiado para mantener la esperanza y crecer en ella incluso en aquellas situaciones en las que humanamente parece que no hay motivos para seguir esperando. En esos momentos, la

oración nos da la certeza de que no estamos solos, de que somos escuchados, de que hay una Esperanza absoluta, aunque no se realicen muchas de las esperanzas concretas y parciales que jalonan nuestra vida… Necesitamos orar para centrarnos en la verdadera meta de la esperanza, para perseverar en ella y disponernos a acoger el don de Dios» (*Mi alma tiene sed de Dios*, 30).

Orar es, para el creyente, una necesidad tan vital como respirar para el cuerpo. La persona humana va creciendo y madurando a través del diálogo con las personas que le rodean y atienden. La comunicación es un alimento vital para crecer armónicamente. En la vida espiritual, orar, comunicarnos con Dios, es un alimento necesario para crecer. En esto consiste la vida de oración: en un continuo diálogo de petición, de súplica, de acción de gracias, de alabanza, de manifestación de afecto y alegría hacia Dios, que es Amor y es nuestro Padre. Una de las definiciones más bellas y expresivas de oración es la de *santa Teresa de Jesús*: «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama». Y es muy sugestiva, también, la que nos ofrece *santa Teresa de Lisieux*: «es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor, tanto desde dentro de la prueba, como desde dentro de la alegría».

Mes de mayo en la escuela de María

La oración es tan importante en la vida del cristiano que el mismo Cristo nos enseñó a orar (Cf. Lc 1-11). En la primera oración del *Padrenuestro*, se intercambian los papeles: es el Hijo el que enseña a orar a la Madre. Nosotros aprendimos a rezar el *Padrenuestro*, seguramente, de los labios de nuestra madre.

Para María, mujer sencilla, orar es tener siempre en el corazón los misterios de su Hijo, hablar con él y hablar de él: contemplar su rostro y aprender con el corazón sus palabras. María, mira al Hijo, le escucha y habla con Él. En el silencio y el diálogo, la Madre contempla al Hijo, la discípula al Maestro. Surge, así, una familiaridad nueva, más allá de la de la sangre: es la amistad entre madre e hijo, que fluye del trato. Esto es orar.

María nos invita en este mes de mayo, mes especialmente mariano, a orar con ella, a integrarnos en el grupo de discípulos que «perseveran en la oración» y «peregrinan en la esperanza».

Alfonso Crespo Hidalgo,
Párroco de San Pedro